

CARTAS FUSIONISTAS,

ESCRITAS

EN LOOR Y APOYO DE LA POLITICA GOBERNANTE,
Y DIRIGIDAS A LOS BUENOS LIBERALES DE ESPAÑA Y SUS ISLAS POR UNA
SOCIEDAD DE ADMIRADORES DE LOS GRANDES PRINCIPIOS, LOS GRANDES
HOMBRES Y LAS GRANDES COSAS DE LA SITUACION.

CARTA SEGUNDA.



LA FUSION FILÓSOFA.

Sr. D.....

Madrid 20 de Marzo de 1881.

MUY SEÑOR NUESTRO: Acordada la reposicion de D. José del Ojo en la biblioteca del departamento de Marina; indultado el pastor evangélico Sr. Martinez; hecha por el señor ministro de lo Interior la debida visita de atencion á su amigo el Sr. Carvajal, inspirador de *El Demócrata*; convenido con nuestras aliadas las tropas francesas el bloqueo del malhadado y terrible valle de Andorra; cauterizada, digámoslo así, con el último severo suelto casi oficial de *La Correspondencia*, la más infecta llaga de nuestro cuerpo oficial, la empleomanía, hasta el punto de que en un ministerio tan ocasionado á pretendientes como el de la Gobernacion, apenas quedan ya unas seis mil notas por satisfacer; puesta en estudio la validez de los matrimonios meramente católicos á que dió lugar la dominacion conservadora, de triste recordacion; impulsado con gozoso ardor el proyecto del viaje de las damas chinas, que han de venir á ser adorno y gala de nuestros regenerados salones; preparada á nuestro ilustre amigo el inventor de las novísimas gacelas, una sorpresa tan justa y tan grata como no podrá ménos de ser para su ánimo la direccion amovible del Banco Hipotecario; en una palabra, acometidas y resueltas con viril decision y patriótica solicitud todas y cada una de las cuestiones que este Gobierno ejemplar ha encontrado sobre el tapete; y demostrado que no hay deber, ni reparacion, ni conflicto internacional, ni duda de amistad, ni problema político ó administrativo que le vengan largos, surge y debe surgir por sí misma en los horizontes del espíritu público, como el sol que sucede á la noche, la importante, la grave, la esencial cuestion de nuestros principios; pero no de esos principios materiales y condimentados, que la práctica y el diccionario colocan entre ámbos extremos de una regular comida, y que, loado sea Dios, han perdido ya para la gran mayoría de nuestros amigos su antiguo carácter mitológico; sino de esos otros principios, propiamente dichos, que sirven de fundamento y de punto de partida á las creencias y á los actos humanos, siendo tan necesarios como el comer mismo, por cuanto que, decididamente, la compleja criatura racional no vive sólo de pan.

Pues bien: apresurémonos á decirlo, ya que durante cinco años, es decir, desde que los conservadores, por egoismo propio, nos trajeron á las Córtes y nos aprobaron el acta de Lillo, lo hemos callado, contentándonos con reirnos en las barbas de la ruin escuela que nos pedia un programa. Apresurémonos á decirlo, ya que nuestro programa preliminar y único de oposicion, frente á los reaccionarios, que

U. en 10 de Enero de 1883

era el echarlos, está venturosamente cumplido. Apresurémonos á decirlo, para que á nadie, absolutamente á nadie le quede sobre ello la menor duda, y para que nuestros hijos, que han de ser nuestros sucesores directos é inmediatos en el poder, lo aprendan y lo sepan: *la Fusion*, el partido de iniciativa inmensa, que en una breve circular sobre enseñanza sabe hacer lo equivalente á una revolucion, segun la frase de nuestro benévolo amigo el Sr. Márτος, á quien se la hemos oido; *la Fusion*, el partido eminentemente nacional, que de una plumada, y al dia siguiente de su advenimiento, destruye en flor la proyectada escuadra de Filipinas, para que España no sea en ningun Océano más ó ménos Pacífico, tributaria del extranjero constructor y solapado: *la Fusion*, el partido eminentemente monárquico, que ántes que dejar á la monarquía sin ejército, sin fuerzas de mar y tierra, se las dará y mantendrá, aunque no sean prefijadas y votadas por las Córtes, pasando sobre esta bagatela esencial del régimen representativo, como pudieran hacerlo los ministros más leales del año de 1825; *la Fusion*, el partido eminentemente civilizado, despreocupado y sereno, que así reconoce la perfecta indiferencia del pueblo español, en el actual momento histórico, respecto á una forma determinada y precisa de gobierno, como recibe, con impavidez taylleresca, el telegrama en que se anuncia la muerte violenta del Czar de todas las Rusias, y envia la misma noche sus ministros á una fiesta del gran mundo, con el triste despacho en la mano, para probar á la aristocracia española que si entre ellos puede existir el olvido de ciertas vulgares conveniencias, no hay ante ellos nihilismo temible, ni posible: *la Fusion*, que sabe muy bien que un individuo, aunque sea liberal y libre, aunque constituya esa primera y más alegre unidad social que se llama el soltero, si se distrae y descarrila hasta el punto de que pueda llamársele un hombre sin principios, no es otra cosa que un ciudadano expuesto á prision mayor; *la Fusion*, que sabe igualmente que cuando el jefe de una familia, de una casa, de un hogar, no consigue inculcar á todos sus dependientes, desde la esposa al criado, y desde la suegra al niño, los principios imprescindibles de sus obligaciones recíprocas, ese jefe y un condenado se parecen como dos gotas de agua; *la Fusion*, que comprende perfectamente que el verdadero manicomio modelo seria una nacion de escépticos absolutos; *la Fusion*, que no puede desconocer que si eso pasa á las naciones, tambien á los partidos que, niéguelo quien lo niegue, son partes integrantes de las naciones mismas, les debe pasar, y les pasa dos cuartos de lo propio: *la Fusion*, en suma, que sabe al dedillo el importantísimo papel de primer actor que la creencia, el fuero interno, la ley intelectual y el sentido moral desempeñan en el gran drama progresista del mundo habitado, *la Fusion* declara á la faz de España y del universo, que no sólo es un partido con programa, con cien programas, si son menester; que no sólo es un partido con principios, con mil y un principios, si es necesario; sino que por la índole, la calidad y la virtualidad de sus puntos de vista científicos, históricos, políticos, sociales, administrativos, tributarios, docentes y propagandistas; y sobre todo, por las fuentes y causas generadoras de sus convicciones más firmes y recónditas, *la Fusion* es, no así como se quiera un simple cuerpo de doctrina, sino toda una filosofía.

Expongamos ahora, aunque sólo sea á grandes rasgos, y tal como nosotros, en nuestra modestia obligada los comprendemos, los principios salientes y sustanciales de esta tendencia y de esta explicacion filosófica del fusionismo, que todos, altos y bajos, gigantes y pigmeos, prohombres y nulidades de nuestra parcialidad, tenemos el deber de llevar al entendimiento y á los tuétanos, digámoslo así, de nuestros conciudadanos.

Acaso, Sr. D..., no habrá V. fijado su atencion en los puntos de contacto, y de relativa semejanza, que á los ojos del hombre estudioso no pueden menos de resaltar entre el insigne Gefe de nuestro partido, Sr. Sagasta, y Sócrates. Bastará empero recordar solo un detalle, para que V. y todo el mundo convenga en ello. A Sócrates no le gustaban las matemáticas. Lo dice Platon, lo dice Jenofonte; y aunque estos entendidos expositores del gran maestro ateniense no lo dijieran, lo

diriamos nosotros, porque la verdad sirve, entre otras cosas, para decirse: ¿Cómo habia de gustar una ciencia que ya empezaba á enorgullecerse de sus verdades, que ya empezaba á sostener que dos y dos son cuatro, á un hombre que no admitia más verdad que la de su ignorancia? Pues bien: veintitres siglos despues de Sócrates, renuncia tambien nuestro esclarecido fundador D. Práxedes al cálculo y al compás, al uniforme civil de los martillos, para vestirse mientras viva el de los ojos de oro. Cuatrocientos años ántes de Jesucristo oye el gran pensador del Atica al oráculo de Delfos aconsejar al género humano que procure conocerse á sí mismo, y desde aquel punto queda fundada la escuela socrática, la filosofía, más modesta, más humana, más humilde, más pacífica y más benéfica de la antigüedad. Mil ochocientos ochenta y un años despues de Jesucristo, triunfa en la capital de España el socratismo moderno, con su pontífice á la cabeza, sólo por haber dicho á las instituciones: "venga el poder, ó aquí va á arder Troya, porque nosotros nos conocemos y no podemos responder de nada." Y este principio cardinal del propio conocimiento, difundido en nuestro seno, informa unánimemente acciones, palabras é ideales de nuestras lumbreras. Cuando el Sr. Posada ha dicho que estará con la *Fusion* mientras le parezca que ésta se sostiene bien, lo ha dicho porque se conoce y vé el porvenir. ¿Qué quiere decir que el Sr. Cuesta no quisiera ser ministro de Ultramar? Quiere decir que conoce que serviria mejor para ministro de la Gobernacion, como dicen que le ayudó á crear el general Campos, y aunque el Sr. Albarreda tenga á la vez el mismo conocimiento. ¿Qué queremos decir, en fin, en la desgracia, cuando hablábamos de ingertar la sávia de la Constitucion de 1869 en el jóven tronco de la de 1876? Que nos conocemos; sencillamente, que nos conocemos. Socratismo puro. No es esto asentar, sin embargo, que hayamos tomado de la antigüedad, por única norma, el criterio del heróico bebedor de cicuta, de aquel honrado sábio que murió pagando su última deuda al enviar el gallo á Escolapio; probidad que á cierto liberalismo moderno puede parecer un tanto exagerada. No: tambien simpatizamos con otros sistemas físico-filosóficos del mundo antiguo. Heráclito de Efeso se lo explicaba todo por el fuego, como nuestro presidente del Consejo de Estado se lo explica todo por la pólvora, por la pirotecnia. Anaxágoras lo comprendia todo por el movimiento, como ley irresistible, tal como nosotros comprendemos la democracia. Y entre los modernos hay asimismo un filósofo, Condillac, el sensualista, el que establece el culto de los caminos del cerebro, que tiene entre nosotros muchos partidarios; pero muchos. Respecto á la filosofía alemana, nada hemos podido hacer ni elegir aún, por las dificultades del idioma. El mismo señor Rascon no la conoce bastante bien para explicarla; pero la franqueza nos obliga á confesar que, instintivamente, somos refractarios á Kant y á Hegel, á la razon pura y á la lógica. Despues de todo, constituimos una *Fusion* latina, y entre Félix Pyat y Bismark, nuestra eleccion no seria dudosa.

Por último: si para ser gran partido no basta lo que se aprende, lo que se toma de otros, sino que es menester ostentar á la vez algun privilegio de invencion, puesto que, en cierto elevado sentido, hay agrupaciones que merecen ser conceptuadas como grandes y originales industrias; si hay quien no se contenta con pedirnos circulares y destinos, y nos pide asimismo un criterio propio, una razon, una teoría de nuestra propiedad particular en esto de las teorías filosóficas; sépalo el mundo, y hágalo V. saber, Sr. D..., á sus deudos, amigos y convecinos: esa teoría, la tenemos, la tenemos tambien. Nosotros creemos á ojos cerrados en esa imponderable, en esa irresistible, en esa necesaria, vital y fatal fuerza de las cosas, que se llama *repeticion*. Dios hizo la creacion en pocos dias; y para no tener que estar siempre creando, se contentó con que lo hecho se repitiera por toda una eternidad, es decir, hasta nueva orden. La vida es la repeticion universal, es el día repetido, la noche repetida, la cuna, el sepulcro, los cambios físicos y gubernativos, las ilusiones, los desengaños, las alegrías de los de arriba, los dolores de los de abajo, todo repetido. Montada *la Fusion*, por decirlo así, sobre la cúspide altísima de esta creencia fundamental, desde donde se alcanza á ver y se explica

perfectamente todo el panorama político-español, nada hay que pueda extrañarnos, ni que nos coja de improviso. La partidita republicano-federal de Mosqueruela, los banquetes democráticos de Sevilla, de la Coruña, de Valladolid, y hasta de Cabeza de Buey; el anunciado manifiesto de ese héroe del pasado y del porvenir, que se llama el Sr. Figueras; todas las demás manifestaciones á que el espíritu moderno se ha entregado entre nosotros desde el imperecedero día 8 del mes pasado ¿son, por ventura, alguna novedad; son, por ventura, otra cosa que repeticiones que todo el mundo esperaba? Lo mismo que cuando los reaccionarios vencidos se quejan de que meditamos poco ciertos indultos militares: ¿es que es esta la primera vez que un gobierno medita poco? Lo mismo que cuando *La Prensa Moderna* nos dice, con todas sus letras, que somos el prólogo, y nada más que el prólogo, de no sabemos qué libro que se ha empezado á escribir: ¿es que esta es la vez primera que se escribe un libro con prólogo y todo? Lo mismo, en fin, que cuando se asegura que se han esparcido por esos ayuntamientos de Dios unos delegados que á primera vista parecen una partida de la Porra, sin porras; ó que se están nombrando para las Comisiones permanentes de ciertas infelices diputaciones, á caballeros que no son siquiera diputados provinciales: y bien, ¿y qué? ¿No están todos estos hechos, todos estos fenómenos de la nueva vida nacional, perfectamente dentro del principio supremo de la repetición? Lo están ciertamente, porque el Supremo Hacedor ha dispuesto que lo esté todo, que se repita oportunamente todo, desde la cebolla hasta el pacto federal, desde el progresismo histórico hasta el Diluvio. Porque aunque el Diluvio es lo único que en la sucesión de los tiempos no se ha repetido, no seremos nosotros, no es ciertamente *la Fusion* quien asegure que no habrá de repetirse.

En resumen: Sócrates á un lado, la fuerza de las cosas á otro, *la Fusion* en medio, y que vengan conservadores. Sírvase V., Sr. D..., plantear así el hermoso problema de actualidad ante los correligionarios que le rodeen; y prestará á la patria y al partido un loable servicio, que anticipadamente le agradecen el partido y la patria, y con ellos sus afectísimos servidores Q. B. S. M.,

Por la Sociedad,

JUAN SANCHEZ.



CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Las CARTAS FUSIONISTAS se publicarán los jueves y domingos de cada semana.

Precio de suscripcion: ocho reales al mes en Madrid, diez en provincias y veinte en Ultramar y el extranjero. Número suelto, un real.

Se suscribe en la Administracion de la CARTAS, Calle de Fuencarral, 39, 3.º derecha; en la imprenta de D. Manuel G. Hernandez, Libertad, 16, bajo; en la librería de D. Fernando Fè, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las principales librerías de España.